LEYENDO «TARTARIN» EN MIS VIAJES A CIUDAD REAL

JESÚS CANTERA ORTIZ DE URBINA
Universidad Complutense de Madrid

A manera de introducción

En aquellos largos viajes de más de tres horas por ferrocarril entre Madrid y Ciudad Real pasando por Aranjuez, Villacañas, Alcázar, Manzanares, Daimiel y Almagro, durante los años 1990, 91 y 92, unos días dedicaba ese tiempo a leer textos de los libros sapienciales del Antiguo Testamento en fotocopias de mi Políglota de Vigouroux; y otros a la lectura y meditación de textos de autores franceses en los que me parecía descubrir influencia cervantina, especialmente del *Quijote*.

Particular atención dediqué en esos viajes a la lectura y meditación de la simpática trilogía de Daudet en torno a la figura de Tartarin: *Tartarin de Tarascon, Tartarin sur les Alpes, Port-Tarascon.*

Fruto de la lectura y estudio de los Sapienciales en sus textos hebreo masorético, griego de *Septuaginta*, latino de la Vulgata y francés de Vigouroux ha sido, entre otros, el artículo «Paremia, proverbio y parábola en la Biblia», aparecido en la revista *PAREMIA*, creada, dirigida y editada por Julia Sevilla, de nuestro departamento de Filología Francesa de la Universidad Complutense.

Fruto, en cambio, de mis reflexiones sobre Tartarin, observando los paisajes de La Mancha y deteniendo la mirada por ejemplo en los molinos de Campo de Criptana, ha sido el haber llegado a familiarizarme algo más con nuestro insuperable *Quijote* y con la intención de Daudet al crear la figura de Tartarin, curioso y simpático personaje que pretende constituir como una simbiosis de Don Quijote y Sancho Panza.

Encuadre histórico–geográfico

Don Quijote en el marco geográfico de La Mancha y *Tartarin* en el de Provenza constituyen cada uno en su momento una muy acertada reacción en medio de circunstancias históricas adversas: *Don Quijote* en la España de principios del siglo XVI y Tartarin en la Francia del hundimiento del Segundo Imperio.

Así *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha* (aparecido en 1605) como *Tartarin*

de Tarascon (publicado por primera vez en un volumen en 1872) aparecen en momentos históricos un tanto paralelos. Momentos de crisis y de descomposición por acontecimientos adversos, momentos en que hasta parecen cuestionarse la vigencia y la supervivencia de los valores y de los ideales tradicionales.

A su regreso de Argel, Cervantes intuye el declive del Imperio. Con la realidad de la mutilación sufrida en su mano izquierda por un arcabuzazo recibido en Lepanto (1571) y bien curtido por las privaciones y los sufrimientos padecidos en las prisiones musulmanas de Argelia, le toca vivir la amargura del descalabro de la Invencible (1588). Y no resignándose a la incipiente decadencia de nuestro Imperio, arma caballero a Don Quijote para que sobrevivan los ideales y el optimismo ahogados tras los acontecimientos adversos y el declive de aquel imperio español en el que no se ponía el sol. Don Quijote, nuestro caballero andante manchego, en pleno barroco español de principios del siglo XVII, cometerá locuras para intentar «deshacer agravios, enderezar entuertos, enmendar sinrazones, mejorar abusos y satisfacer deudas».

En 1872 la casa Dentu de París publica en un volumen *Tartarin de Tarascon*. Dos años antes, en 1870, del 7 de febrero al 19 de marzo, habían aparecido en *Le Figaro* las tres partes de esta novela con el título de *Le Don Quichotte provençal* ou *Les Aventures de Barbarin [sic] de Tarascon*, la primera de las cuales ya había sido publicada, asimismo, en *Le Figaro*, en 1883 (18 de junio), con el título de *Chapatin le tueur de lions*. Sólo en 1885 aparece en la casa Calmann-Lévy *Tartarin sur les Alpes*. Y cinco años más tarde, en 1890, en Dentu, *Port-Tarascon. Dernières aventures de l'illustre Tartarin*.

1870 es un año clave en la historia contemporánea de Francia: tras el desastre de Sedan, el hundimiento del Segundo Imperio (4 de septiembre) y la capitulación de París. En 1871, por el tratado de Frankfurt (10 de mayo), Alsacia (menos Belfort) y gran parte de Lorena pasan a Alemania.

En aquellos años difíciles para Francia y en los que, desde el punto de vista literario, frente al romanticismo decadente se estaba imponiendo un naturalismo pesimista, aparece Tartarin que constituye como una reacción alegre y optimista. Con su humor provenzal y con su optimismo en cierto modo infantil y con sus alegres y divertidas fanfarronadas, *Tartarin* es como una luz alegre y risueña en el ambiente triste y pesimista de una Francia desconcertada.

Daudet evoca a Cervantes

Al dar cuenta Daudet de la llegada de Tartarin a Argel, parece emocionarse nuestro escritor provenzal con el recuerdo de Cervantes allí cautivo tres siglos antes, y escribe: «Cinq minutes après, la barque arrivait à terre, et Tartarin posait le pied sur ce petit quai barbaresque, où, trois cents ans auparavant, un galérien espagnol nommé Cervantès préparait —sous le bâton de la chiourme algérienne— un sublime roman qui devait s'appeler *Don Quichotte*!»

Y a continuación, al empezar el tercer capítulo del segundo episodio, hace Daudet la siguiente invocación: «O Michel Cervantès Saavedra, si ce qu'on dit est vrai, qu'aux lieux où les grands hommes ont habité, quelque chose d'eux-mêmes erre et flotte dans l'air jusqu'à la fin des âges, ce qui restait de toi sur la plage barbaresque dut tressaillir de joie en

voyant débarquer Tartarin de Tarascon, ce type merveilleux du Français du Midi en qui s'étaient incarnés les deux héros de ton livre, Don Quichotte et Sancho Pança [...]».

Los personajes: Don Quijote, Sancho Panza, Tartarin

Inútil recordar que Don Quijote y Sancho Panza son creación de Miguel de Cervantes, un hombre madrileño y manchego a la vez, nacido a mediados del siglo XVI muy probablemente en Alcalá de Henares, la antigua Complutum. Combatió heroicamente en Lepanto y allí perdió el movimiento de la mano izquierda para mayor «gloria de la diestra», como escribió él mismo con noble orgullo. Cautivo durante cinco años en los baños de Argel, fue redimido por fray Juan Gil, de la orden trinitaria. Y volvió a sufrir prisión en España, aquí probablemente por no acertar en su administración de la Hacienda pública.

Tartarin, por su parte, pretende ser una simbiosis de Don Quijote y Sancho Panza. Es la creación de un hombre provenzal del siglo XIX asentado en París donde se dedicaba a escribir, algo por gusto y para su propia satisfacción, y mucho por razones crematísticas.

a. *Don Quijote*

Nuestro hidalgo Don Quijote era «de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza». Un físico que parecía predestinado al idealismo, incluso más que a la fantasía. «Los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se dedicaba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos [...] Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio [...]. En resolución él se enfrascó tanto en la lectura que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro, de manera que vino a perder el juicio [...]. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros [...]. En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república hacerse caballero andante [...]».

b. *Sancho Panza*

Don Quijote pensó que para su misión de caballero andante necesitaba un escudero. Y para ello pensó que lo mejor sería acudir a «un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para el oficio de escuderil de la caballería».

«Ese labrador vecino suyo [era] hombre de bien [...] pero de muy poca sal en la mollera». Sancho —que tal era su nombre— tenía «la barriga grande, el talle corto y las zancas largas y por esto se le debió de poner nombre de *Panza* y de *Zancas* que con estos dos sobrenombres le llama alguna vez la historia».

Pensando que no tenía mucho que perder y sí posiblemente mucho que ganar en la compañía de tan gran caballero que le podría hacer gobernador de una ínsula, no necesitó

Sancho mucho razonamiento ni reflexión para aceptar la propuesta. Y como pensó que para ser escudero de un caballero andante tendría que pasar no pocas horas por los caminos, le pareció lo más natural «llevar un asno que tenía, muy bueno, porque él no estaba muy ducho a andar mucho a pie».

En contraste con el físico alto y delgado de Don Quijote que le predisponía al idealismo, Sancho Panza es bajo y gordo. Su corpulencia voluminosa parece querer apegarle a la tierra y al suelo que pisa.

Es un hombre «del pueblo». Sin ser culto, ni mucho menos, no le falta sabiduría popular. Una sabiduría innata en buena parte y en buena parte adquirida por la experiencia. Una sabiduría que le hace ser cuerdo y muy práctico, que le enseña a vivir con los pies en la tierra.

c. *Tartarin*

Tartarin es un hombre de edad madura: pasados unos años desde que había cumplido los cuarenta, se iba acercando a los cincuenta cuando emprendió la ascensión a la Jungfrau. En lo físico tiene mucho de Sancho y muy poco de Don Quijote. «Le corps de Tartarin, au contraire, était un brave homme de corps, très gras, très lourd, très sensuel, très douillet, très geignard, plein d'appétits bourgeois et d'exigences domestiques, le corps ventru et court sur pattes de l'immortel Sancho Pança».

En cuanto a cultura, en cambio, está más cerca de Don Quijote que de Sancho. Así el hidalgo manchego como el burgués tarasconense son lectores apasionados, el primero de libros de caballerías, el segundo de relatos de viajes. Lecturas que a uno y a otro hacen vivir un mundo irreal y fantástico aunque muy distinto en uno y otro caso.

Buen burgués el provenzal, le gusta la vida tranquila y rehuye las complicaciones. Pero, empujado por las circunstancias y obligado en cierto modo por sus conciudadanos, se ve en la necesidad de tener que lanzarse a la aventura de su viaje a África con la ilusoria intención de cazar leones; y más tarde a la escalada de la Jungfrau y del Mont-Blanc para contrarrestar las maniobras del envidioso Costecalde que pretendía arrebatarle la presidencia del *Club des Alpines*.

De acuerdo con la voluntad y propósito de su creador Daudet, Tartarin ha de ser como una simbiosis de Sancho y Don Quijote. Aunque, en la realidad —debemos puntualizar— Tartarin tiene bastante de Sancho en algunos aspectos, pero muy poco de Don Quijote.

En algunos de sus rasgos físicos, Tartarin hasta puede parecer hermano gemelo de Sancho Panza. Es gordo, rechoncho, pesado y macizo. Ventrudo, de talle corto, de barriga grande. Un físico que le predispone muy poco al quijotismo que le pretende dar Daudet. Su apego a la tierra y su inclinación a la vida tranquila le atan demasiado al mundo material para su idealismo al estilo de Don Quijote.

Tartarin, como Don Quijote, es en cierto modo un loco. Pero su locura o demencia es de naturaleza distinta que la de nuestro caballero andante.

Don Alonso Quijano es un agricultor manchego que en su tranquila aldea manchega podía llevar una vida sin problemas en compañía de su sobrina, del ama y del mozo. Podía haber pensado en contraer matrimonio y crear una familia. Pero, por matar su tiempo en la lectura de libros de caballerías, tiene abandonada su hacienda y hasta descuida la caza.

En su casa de Tarascón lleva Tartarin la vida cómoda de un burgués sin problemas ni grandes preocupaciones. Puede vivir tranquilamente de sus rentas, dedicado también él a sus lecturas y conviviendo con sus conciudadanos. Atendido por su sirvienta, disfruta con la buena mesa. Y como la caza no abunda ya en la comarca, practica con otros tarasconenses el deporte de la caza de gorras.

Como Don Quijote, aunque no con tanta obsesión, se dedica a la lectura. Sus libros no son precisamente libros de caballerías que tanto interés despertaban en tiempos de Cervantes, sino relatos de viajes y de aventuras. Libros muy en boga en Francia en el siglo XIX. Tartarin, en su fantasía meridional, sueña con la caza de leones en tierras de África. Pero se encuentra muy a gusto en su casa de Tarascón disfrutando de una vida tranquila y sin problemas ni complicaciones. A diferencia de Don Quijote, prefiere soñar despierto que poner en práctica sus sueños y hacerlos realidad.

Rodeado de extrañas armas de caza y de plantas exóticas, con la sombra de su baobab, sueña, sueña, sueña y presume y fanfarronea ante sus conciudadanos. Pero sin ningún propósito serio de emprender un viaje a tierras de África. Sólo lo hace empujado por los tarasconenses, obligado por sus conciudadanos que por boca del comandante Bravida le dicen «il faut partir». No marcha movido por un ideal sino obligado, víctima de su fanfarronería.

Don Quijote sale a escondidas, para que no se lo impidan. Nada dice a su sobrina, ni al ama, ni al mozo, ni tampoco al cura, ni al barbero Sólo lo sabe su escudero Sancho que le acompaña pensando en ganar el gobierno de una ínsula. Aunque vanidoso, no sale movido por vanidad ni por vanagloria, sino por idealismo altruista, para «deshacer entuertos».

Tartarin, en cambio, aunque aparentemente sale de Tarascón por propia voluntad, en su fuero interno lo hace a regañadientes. Y además es despedido con gran aparato, en medio del entusiasmo de todo el pueblo, y en honor de multitud. Lo despiden como a un héroe que se va a cubrir de gloria cazando leones. Y así lo hacen los tarasconenses porque de esa gloria piensa participar todo Tarascón. El sol provenzal ha creado en todos un espejismo colectivo y contagioso.

Tartarin hubiera preferido quedar en Tarascón. Poco amigo de peligros y de sacrificios, hubiera preferido oír la voz de la prudencia que le aconsejaba quedar en su casa llevando la vida tranquila y cómoda a la que estaba acostumbrado, en lugar de exponerse a «toutes les catastrophes qui l'attendaient, dans cette expédition, naufrages, rhumatismes, fièvres chaudes, dysenteries, peste noire, éléphantiasis, et le reste Era la voz de «Tartarin-Sancho» a «Tartarin-Quichotte».

Tartarin, muy a pesar suyo, se ve metido en la aventura del viaje a Argelia para cazar leones. En tierras de África volverá a imponerse el «Tartarin-Sancho» que le hará tomar sus descansos y hasta llegará a decidirle a renunciar a la gloria e incluso a la vanidad. Muy apegado a la tierra, amante de la buena vida, y muy poco inclinado al sacrificio, Tartarin prefiere en el fondo renunciar a la caza del león en Argelia, a la escalada de la Jungfrau en Suiza, a la conquista de una isla en el Pacífico.

Tartarin es un pequeño Quijote, un Quijote muy enano, metido en el cuerpo de un gran Sancho, aunque —debemos añadir— un Sancho muy a su modo y manera, bastante distante de nuestro Sancho manchego. Tartarin es sencillamente Tartarin. Demasiado cómodo para poder aspirar a ser un Quijote.

Daudet, en su genial creación de Tartarin, pretendida simbiosis de Don Quijote y Sancho [«Don Quichotte et Sancho Pança dans le même homme»] lleva al extremo y a sus últimas consecuencias un proceso que con el tiempo y las experiencias vividas y con el trato cotidiano parece producirse en los dos personajes cervantinos: Don Quijote se hace un poco Sancho; y Sancho, por su parte, se hace un poco Quijote. La prudencia y la «sensatez» de Sancho consigue penetrar e influir en el ánimo y en la conciencia de Don Quijote cuyo espíritu caballeresco y sobre todo cuya fantasía imaginativa contagia en alguna medida a Sancho.

En Tartarin procura Daudet que se produzca como una simbiosis de Sancho y Don Quijote, de realidad y de fantasía, de vida cómoda y tranquila y de sacrificio. De todas maneras, Tartarin tiene mucho más de Sancho que de Don Quijote. No sólo en lo físico sino también en lo psicológico. Incluso en la apetencia del gobierno de una isla.

Por otra parte, ese dualismo entre realidad y fantasía, entre egoísmo y altruismo, entre apego a la vida tranquila y cómoda por un lado y por otra parte la disposición a aceptar el sacrificio y a arrostrar privaciones y peligros pierde gran parte de su fuerza y de su expresividad al pretender Daudet incluir en un solo personaje esos antagonismos. Aunque, por otra parte, ese dualismo y esos antagonismos pueden ser un fiel reflejo de la lucha interna que se produce a veces dentro de un mismo personaje entre deber y falta de voluntad para cumplirlo, entre virtud y vicio, entre altruismo y egoísmo.

El dualismo de personalidad en nuestro personaje provenzal vuelve a aparecer en *Tartarin sur les Alpes*, aunque de una forma menos poética que en *Tartarin de Tarascon*. En la aventura de los Alpes ese dualismo no aparece personificado en las figuras de Don Quijote y Sancho Panza, sino en la más vulgar imagen de un «Tartarin de choux» y un «Tartarin de garenne». Es decir, un Tartarin representado en la imagen de un conejo de granja o doméstico que lucha con las ansias de libertad y con los riesgos que ha de correr un conejo silvestre. Un Tartarin amante de la vida cómoda y tranquila, libre de peligros y de sobresaltos, y un Tartarin entregado a la aventura de la escalada a la Jungfrau y al Mont-Blanc. Porque, en definitiva, como pretende Daudet, «dans Tartarin, comme dans tout Tarasconnais, il y a la race garenne et la race choux». Y más de una vez, el «Tartarin de garenne» consigue triunfar sobre el «Tartarin de choux», de acuerdo con la expresiva figura atribuida a Turenne: «Son corps n'était pas toujours prêt à aller à la bataille, mais sa volonté l'y menait malgré lui».

No debemos cerrar estas consideraciones acerca de Tartarin sin recordar su gran corazón, de acuerdo con lo que de él nos dice Daudet en *Tartarin sur les Alpes*. Piensa Tartarin que en las escaladas alpinas podría encontrar la muerte. Por eso, antes de marchar para esa nueva aventura, decide redactar una especie de testamento. Y en ese testamento no olvida a Costecalde, el responsable de esa dura y «peligrosa» aventura alpina. También a él le deja un legado, aunque no sea otra cosa que su colección de flechas envenenadas. Pero lo más significativo es que en ese testamento pide a sus conciudadanos que perdonen a Costecalde como él le ha perdonado.

De la locura de Don Quijote al espejismo de Tartarin

En La Mancha de finales del siglo XVI y principios del XVII la lectura apasionada de libros de caballerías había llevado al hidalgo Alonso Quijano a creerse llamado y destinado a «deshacer agravios, enderezar entuertos, enmendar sinrazones, mejorar abusos y satisfacer

deudas». Enfrascado en sus lecturas, «vino a perder el juicio». No fue necesario que el sol de La Mancha le derritiera los sesos, pues los tenía ya harto derretidos por sus lecturas.

Dos siglos y medio más tarde concibe Daudet la idea de crear su personaje Tartarin. Él también, lo mismo que Don Quijote, pasaba horas y horas embebido en la lectura de libros, en este caso de viajes y novelas de temas exóticos.

Una de las representaciones más logradas —o al menos más simpáticas para mí— de nuestro burgués provenzal es la que lo representa sentado cómodamente con un libro en una mano y con una gran pipa en la otra.

Desaparecidos los libros de caballerías, sólo murieron en la forma, pues fueron reemplazados por otros géneros en los que han seguido predominando la imaginación y la fantasía. Así en el siglo XVI como antes en la Edad Media y luego en el siglo XIX y también en los siglos anteriores, y asimismo en nuestros días, sea en novela y relatos, sea actualmente en películas, la fantasía está siempre viva contribuyendo a que muchos de sus asiduos lectores vivan un mundo lleno de fantasía y muy alejados de la realidad.

Así Tartarin como su predecesor y modelo Don Quijote pretenden poner en acción sus lecturas. Pero con una clara y marcada diferencia: nuestro Don Quijote lo hace por sí y ante sí, sin la aprobación de los suyos, sino más bien a pesar de ellos. Tartarin, en cambio, lo hace por la presión de sus conciudadanos y contra su más íntima voluntad. Aunque Daudet nos hable de «Tartarin-Quichotte», en Tartarin hay muy poco quijotismo.

Por otro lado, su intención al emprender el viaje a tierras africanas lo mismo que al ir a escalar los Alpes suizos dista muchísimo de los nobles aunque locos ideales de nuestro caballero andante Don Quijote. Es cierto que uno y otro se mueven y actúan en una cierta medida por vanidad y vanagloria. Pero incluso éstas, son muy distintas en uno y otro. Don Quijote busca el bien de los demás y no vacila en arrostrar peligros y en sacrificarse para servir a su ideal. Obra por altruista idealismo. En su sangre lleva muy metido el espíritu del caballero andante y obedece sin reserva a su modelo invocando a cada paso algún pasaje de sus libros de caballerías.

Tartarin, en cambio, obra simplemente por vanagloria y por fanfarronería. A los Alpes va por vanidad y para mantener su presidencia del Club des Alpines frente a las maniobras de Costecalde que trata de arrebatársela. Y en todas partes cree ser conocido y reconocido, imaginando ser en todas partes tan famoso y popular como en Tarascón.

Absurda vanidad la suya. Pura fantasía y loca imaginación. Pues la realidad es que nadie le reconoce ya que, fuera de Tarascón, nadie sabe quién es Tartarin de Tarascón. Muy probablemente responde también esto a una imitación de Don Quijote cuando, al presentarse, pretendía que todo el mundo supiera quién era Don Quijote de La Mancha.

Daudet, muy probablemente influido también en esto por Cervantes, atribuye gran importancia a la influencia de las lecturas. Tartarin, lo mismo que Don Quijote, actúa de acuerdo con sus lecturas. Pero sus lecturas no son libros de caballerías sino relatos y novelas de viajes a países exóticos. Unas lecturas que le han creado una imagen distinta de la real. Por eso su Argel será una ciudad oriental en cierto modo mágica, como las de sus libros. Y su aventura alpina responderá a los modelos de Las Escaladas de Whymper, a la del Mont-Blanc de Stephen d'Arve, a la de Los Ventisqueros de Tyndall. Y su Port-Tarascon será una isla de la Polinesia de acuerdo con las descripciones de Bougainville, de Dumont-Durville, de Cook, de Entrecasteaux, etc.

Además de cuanto dice hablando de Tartarin, Daudet atribuye a la influencia de las lecturas de Schopenhauer y Hartmann el pesimismo nihilista del sueco compañero de Tartarin en algunas de sus aventuras alpinas.

Tartarin actúa casi siempre a través del prisma de sus lecturas: «Alors il se souvint que dans ses livres, les grands tueurs de lions [...]». Y asimismo cuando escribe: «Lui pourtant ne bougea pas. Il attendait la femelle [...] toujours comme dans ses livres!»

Pero más aún que las lecturas es el sol el causante de la locura de Tartarin. Ese sol de Provenza que agranda y exagera cuanto cae bajo sus rayos, creando un espejismo no sólo individual sino colectivo. Ahí radica una gran diferencia entre la locura de Don Quijote y la locura de Tartarin. Don Quijote es un loco individual en un mundo de gente cuerda. Tartarin es un alucinado que en Tarascón vive entre alucinados, siendo el sol de Provenza el responsable de la alucinación colectiva de los tarasconenses. Cuando, discutiendo sobre la ascención al Mont-Blanc, Tartarin y Bompart reconocen uno y otro su fantasía y confiesan sus mentiras, confiesan que el responsable es el sol, ese sol provenzal que hace que en Tarascón «on naît avec le mensonge».

Cuando Don Quijote inicia su primera salida «un día de los calurosos del mes de julio» el sol de La Mancha debía ser auténtico fuego, pues según nos dice Cervantes «entraba tan aprisa y con tanto ardor que fuera bastante a derretirle los sesos si algunos tuviera». Pero los demás personajes del Quijote son en su gran mayoría sensatos y cuerdos: Sancho Panza, la sobrina y el ama, el cura y el barbero, los venteros, los yangüeses, los cabreros Todos están en su sano juicio. Don Quijote, que ha llegado a considerar como auténtico el mundo imaginario de los libros de caballerías, es el único que ha perdido el juicio y la razón. Su locura es más debida a las lecturas que al sol.

En cambio para Daudet no sólo Tartarin sino todos los tarasconenses están alucinados por el sol de Provenza, aunque Tartarin sea evidentemente el más tocado. La facilísima ascención a los Alpines que realizan los miembros del Club des Alpines despierta la fantasía de los tarasconenses y llega a crear en ellos una alucinación colectiva. Y es que si «Tarascon résume le Midi, Tartarin résume Tarascon». Y ello porque a los efectos del sol se ha añadido la influencia de sus lecturas. Don Quijote, por otra parte, sólo delira en el tema de su delirio. Fuera de ello, su pensamiento y su voluntad son cuerdos.

De tanto fanfarronear y presumir de sus imaginarias futuras cacerías, Tartarin acababa creyendo no sólo que las iba a realizar, sino incluso que las había realizado. Más que mentir, estaba alucinado, llegando a creer que eran realidad sus fantasías. Es víctima de un espejismo, ese espejismo a que se refiere Daudet en el capítulo IX del primer episodio de *Tartarin de Tarascon*, pues en ese país «le soleil transfigure tout, et fait tout plus grand que nature». Por eso, en Tartarin, como en todo tarasconense, «le hâbleur se tourne d'un gobeur».

En el colmo de la imaginación provenzal, Daudet hace que su héroe asista a sus propios funerales.

Bompart, antiguo gerente del círculo de Tarascón, era muy buen muchacho —nos dice Daudet— pero presa de una imaginación fabulosa que le impedía decir una sola verdad por lo que en Tarascón le llamaban «l'imposteur», con lo que debe significar ser así calificado en Tarascón donde todo el mundo habla bajo la influencia de una loca imaginación, de una pura fantasía.

Conclusión

Al crear Daudet la figura de Tartarin pretende hacer de este personaje una simbiosis de Don Quijote y Sancho Panza. Su intención es unir en un solo personaje el idealismo caballeresco de Don Quijote y el apego a la vida tranquila que caracteriza a Sancho Panza.

En los primeros años del siglo XVII el genio de Cervantes había acertado con la creación de sus dos personajes, símbolo cada uno de una manera muy distinta, si no opuesta, de concebir la vida, dos personajes que, a pesar de su antagonismo, aciertan a convivir en sana y buena armonía.

Dos siglos y medio más tarde, en la segunda mitad del siglo XIX el escritor provenzal afincado en París Alfonso Daudet, entusiasmado con el legado de nuestro escritor hispano y pensando en su Provenza (y de manera especial en la ciudad de Tarascón) pretende recrear las figuras de Don Quijote y Sancho, pero fundiéndolas en un solo personaje que además, en lugar de ser manchego, ha de ser provenzal. Así nace Tartarin, simbiosis pretendida de Don Quijote y Sancho.

En este simpático y curioso personaje pretende aunar Daudet dos concepciones de la vida muy distintas, por no decir antagónicas. En lugar de dos personajes en cierto modo antagónicos, el uno idealista en grado sumo y el otro realista y práctico hasta la médula, un solo y único personaje en el que repetidas veces se entablará una lucha interior entre unas inclinaciones a hacer concesiones a la fantasía y a la vanagloria y unas ganas muy grandes de llevar una vida cómoda y tranquila sin mayores preocupaciones ni problemas.

Pretende Daudet que en Tartarin coexistan a un tiempo Don Quijote y Sancho Panza. Pero lo cierto es que en Tartarin, que apenas coincide con Sancho, hay muy poco, por no decir nada de Don Quijote. Entre el espíritu idealista y caballeresco de Don Quijote y la fantasía fanfarrona de Tartarin hay un abismo. Tartarin no actúa por idealismo y menos aún por altruismo, sino por vanagloria y empujado por sus conciudadanos. Su fantasía, que dista mucho del idealismo, parece debida en buena medida a una especie de espejismo producido por el sol ardiente de Provenza, espejismo no exclusivo de Tartarin, sino de todo un pueblo.

Tartarin no es Don Quijote, ni tampoco es Sancho Panza. Ni siquiera, a nuestro entender, es una simbiosis de esos dos personajes cervantinos. Tartarin es simplemente Tartarin. Una creación muy lograda de Daudet.

Pretendiendo unir en una sola persona las dos creaciones de Cervantes, consiguió un éxito que seguramente no pretendía: crear su propio personaje: Tartarin.